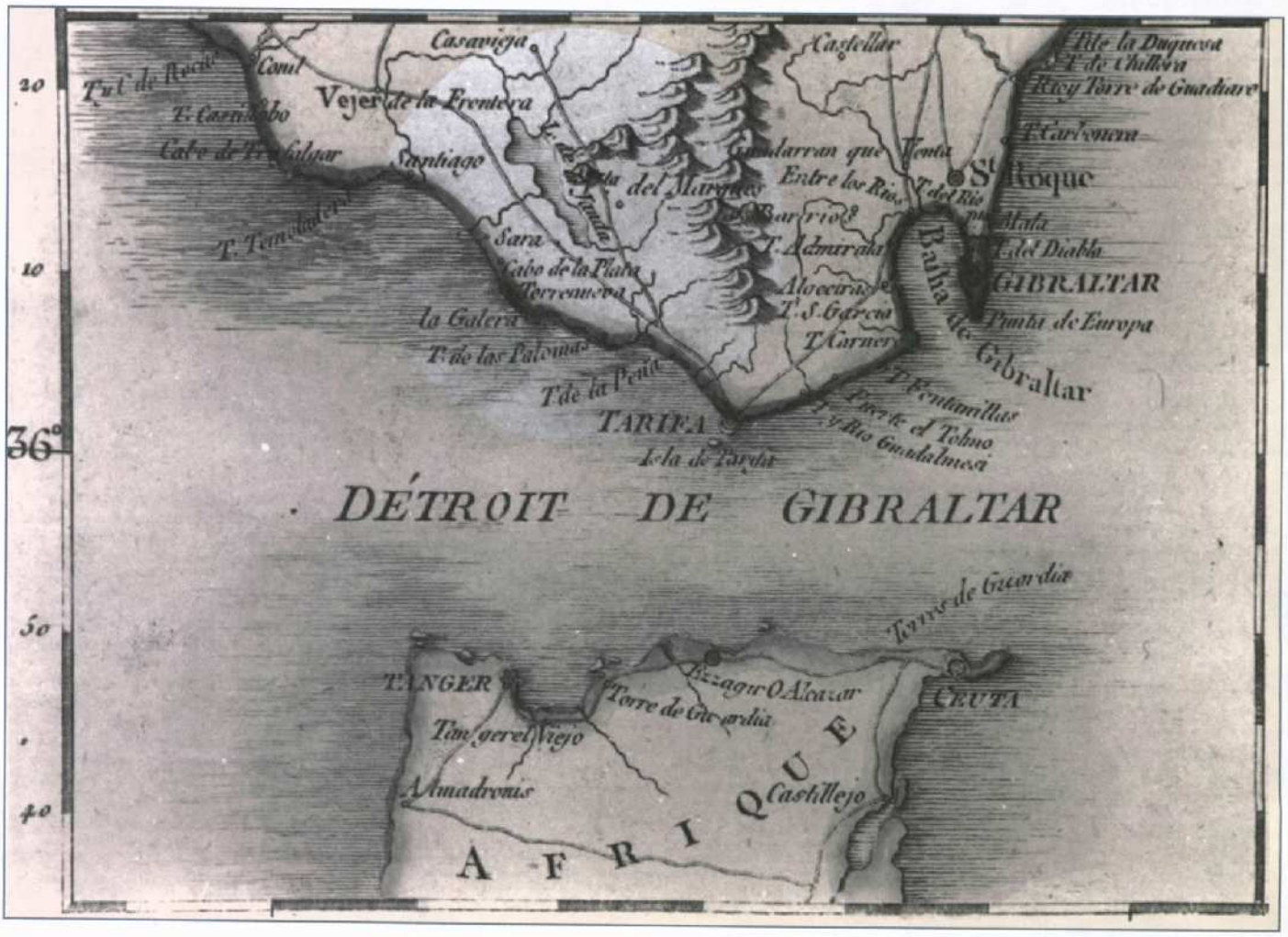
Considerado el padre de la ornitología en España, el profesor Franciso Bernis (1917) es también el pionero de los estudios sobre las aves migratorias del Estrecho de Gibraltar. Sus trabajos en la comarca le llevaron a visitar, en 1952, el último refugio nidificante de la grulla común en el sur de Europa: la hoy desecada laguna de La Janda. "Añorar es lamentar algo perdido", escribe quien actualmente es uno de los pocos ornitólogos que posee datos y anotaciones directas de la laguna gaditana antes de su desaparición. A partir de aquel viaje, el profesor Bernis esboza los motivos de la "añoranza jandina" y, de paso, recuerda a los naturalistas precursores ingleses, tan desdeñosos con el paisanaje andaluz como enternecidos con "la gracilidad del más insignificante pajarillo". Frente al monopolio anglosajón de la investigación ornitológica en nuestro país, hace ya casi medio siglo que comenzaron a despuntar naturalistas españoles como Valverde o el propio Bernis. Con la dilatada experiencia acumulada desde entonces, y ante la esperanza que suscitan ahora los estudios para recuperar La Janda, el profesor Bernis aporta también algunas sugerencias para llevar a buen fin el proyecto.



Semblanza de la comarca de La Janda y su antigua laguna

Francisco Bernis Madrazo

Entiendo que la comarca de La Janda comprende la depresión de llano y lomas suaves que incluye y bordea ampliamente lo que fuera la gran laguna de igual nombre, añadidos a otros terrenos acuosos vecinos que, en parte, aún subsisten. En torno a esa depresión y sus lomas se elevan una serie de bajas sierras, muy roquizas, en parte bastante agrestes, recubiertas donde no hay roca pelada de monte bajo, bosques o bosquetes, las cuales se jalonan por el sur (sierras de Retín, La Plata, San Bartolomé, La Peña o Enmedio) y por el norte (sierras del Niño, Blanquilla, Mamia). Al frente de la penúltima citada queda desafiante la Laja de Acicar, elevado cantil que es una muy significativa y muy visible referencia.

Todo este sistema de sierras se completa con la vecina serranía enfrentada al Estrecho de Gibraltar, en la que destaca como próxima la cima de El Cabrito. La vegetación arbórea y arbustiva de estas sierras es rica y variada, con interesantes endemismos, como por ejemplo el rododendro bético (citado alguna vez como "ojaranzo") de presencia local. Aparte alcornoques y encinas, merece especial atención el quejigo andaluz, que es la más hermosa versión entre todos los quejigos ibéricos, con varios bosquetes en niveles altos y una estupenda muestra inferior en La Almoraima, donde anidan petirrojos, currucas y mosquiteros que, con otros elementos aviares, introducen una nota de norteña borealidad en esta punta sur de Europa. Cabe también mencionar la quejigueta, roble enano que cubre alguna cumbre o ladera despejada.

Faltan núcleos urbanos en toda esa extensa depresión, aparte pequeñas aldeas como Casas Viejas (hoy Benalup) y el remontado pueblecito de Facinas. Lo único que se ve son caseríos muy dispersos pertenecientes a no menos de quince o veinte fincas que, en conjunto, determinan extenso hiatus de soledad y rusticidad, con poca o ninguna agricultura, pero conservando algún soto ribereño, algún marjal y, sobre todo, extensos pastizales por el norte y noreste, pocos cultivos y algunos marjales por el noroeste (al sur de Casas Viejas), y los alcornocales con huecos de pasto por el sur, donde el alcornocal lleva buena mezcla de acebuches, algunos quejigos y encinas, mata de lentisco, salpicón de madroñera y espolvoreado de abulagas, aparte los recubrimientos de jara y jaguarzo. Pastizales y dehesas de alcornocal sostienen una manifiesta presencia de ganado vacuno, que en parte es de raza brava.

Además del río Barbate, como principal afluente y emisario de la antigua laguna, atraviesan la comarca varios arroyos de cursos más o menos excavados, nacidos en las vecinas sierras, destacando entre ellos el río Celemín por el norte, y el río Almodóvar por el sureste. Los arroyos se engalanan a lo largo con adelfas o tarajes.

Voy a referirme aquí principalmente a la gran laguna y a las marismas adyacentes, es decir, a la fase acuosa de la comarca jandina tal como parece que fue, con su vegetación y avifauna, pues no en balde uno ha profesado la ornitología. Entonces, me veo obligado a recurrir no sólo a mi pobre información, que es posterior al año 49, sino, sobre todo, a la muy sustanciosa que ofrecen las obras de naturalistas precursores, concretamente aquellos que tuvieron la suerte de triscar la zona durante el siglo XIX y comienzos del XX.

EL PRIMER VIAJE

Mi primera visita a La Janda son sólo tres días del mes de abril de 1952. Me acompañaba un colega irlandés (el señor Rowan) en un largo viaje de etapas a través de Andalucía, viaje que no preveía la visita a la gran laguna. Nuestro objetivo, llegados a Vejer, era la lagunita o soto de El Torero, donde, según el libro del británico Yeates, publicado en 1940, existía una enorme colonia de garzas y variedad de otras interesantes aves acuáticas. Nos costó trabajo localizar y abordar ese lugar, donde fuimos chasqueados, pues la gran colonia yo no existía. El soto había

sido talado y quemado y las espantadas aves se habían marchado para instalarse en otro lugar. Esto último se nos evidenció recorriendo La Janda y las cercanías de Vejer, al observar el enorme flujo de pequeñas bandadas de aves (purgabueyes) que se dirigían durante el atardecer hacia la costa al oeste de la desmbocadura del río Barbate. Fue así como descubrimos la gran colonia del Tajo de Barbate, que fue abordada por nosotros por vía marítima el día 13 de abril. Sobre la composición cualitativa y cuantitativa de la colonia del Tajo, publicamos un artículo en el volumen tercero de la revista *Ardeola*.

Nuestra presencia junto a la gran laguna fue los días 11 y 12 de abril. Conseguimos cobijo en la casa del guarda de la finca Canteruelas, sita a lo largo del borde sur de la laguna. Comimos y dormimos en dicha casa, dependiendo de la hospitalidad y atención del citado guarda y de su mujer. La primera impresión obtenida de la laguna al acercarnos siguiendo la carretera Cádiz-Algeciras fue un tanto engañosa. No se veía el agua desde ningún tramo de la carretera. Sólo se divisaba un extenso llano de verdor que era, precisamente, el pajonal recubriendo la laguna casi por completo.

La mañana del 11 de abril dispusimos de una barca con garrocha que permitió cruzar de parte a parte la zona central de la laguna, partiendo de "El Buejdo", siguiendo por Torruñuelo hasta La Mediana, donde desembarcamos. En esta vega de La Mediana nos recibieron varias avutardas y unos pocos toros bravos con amenazadoras conductas. Por fortuna, ningún animal se arrancó en aquellos rasos faltos de todo árbol y accidente donde refugiarse.

La vegetación ribereña de la laguna tenía una continuada franja de carrizo. Más hacia dentro la cobertura casi general era a base de bayunco con mucha enea. No recuerdo ver la "paja castañuela" aquí, aunque sí en la marisma de la desembocadura del Barbate (los tuberculitos de esta planta son base de la alimentación de los ánsares en las Marismas del Guadalquivir). En los pocos y reducidos rasos de la laguna había vegetación flotante, creo que con ranúnculo, potamogeto y nenúfar. Todo el tramo navegado era muy poco profundo, sin pasar quizá en ningún sitio del metro, con fondos cenagosos o legamosos y aguas sucias (los ingleses las habían calificado de "amarillas").

El grupo nuclear de británicos descubridores de la naturaleza animal de Andalucía comprende poco más de una decena. Casi todos son furibundos cazadores

Nuestra lista de aves observadas en ese única día de laguna fue muy corta, por no decir harto incompleta: apenas quince especies en total. Más nutridas fueron nuestras listas en el alcornocal de las vecinas dehesas, aparte el reducido componente aviar de los pastizales de la vega y lomas al norte. En la laguna pudimos interceptar una bandada de diez ánsares comunes. En el libro de Inrby consta una pintura a negro de Verner, referida a la laguna de La Janda, con espectaculares bandadas de ánsares avistadas por un escopetero. La fecha de nuestra visita corresponde ya a una época del año en que la mayoría si no todos los ánsares podrían haberse marchado hacia sus países de origen en el norte de Europa.

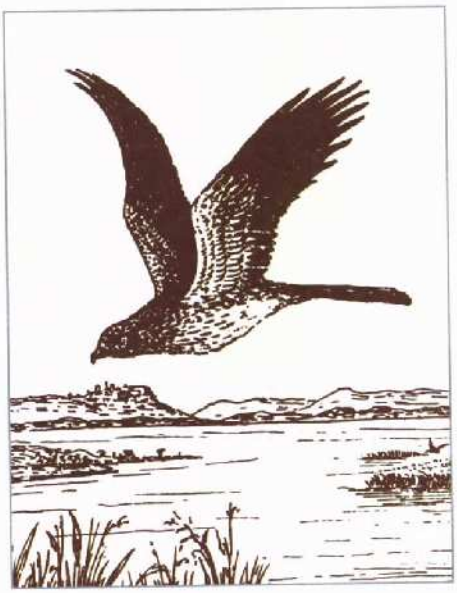
A cambio, pudimos observar unos recién llegados: 10 cercetas carretonas muy inquietas, revolando la laguna. Además, zampullines chicos, zampullines cuellinegros, fochas, y el consabido revuelo de fumareles cariblancos. Al atardecer, un bando de varios cientos de aviones zapadores se acogía mezclado con golondrinas comunes.

PRECURSORES INGLESES

Todo eso no fue nada comparado con las suculentas observaciones obtenidas varios o muchos años antes por naturalistas ingleses de asidua visita en la gran laguna y en otros sitios acuosos de la comarca. Aún hoy, releyendo los diarios y notas de estos precursores, se nos hace la boca agua. Ellos fueron los verdaderos descubridores científicos de la avifauna en Andalucía. Ellos, junto con algún que otro naturalista centroeuropeo, como el alemán Brehm, consiguen las primicias de todo lo más abundante y significativo, y ellos consiguen observaciones de especies escasas o muy raras que luego nadie pudo volver a encontrar. Acerca de la rica variedad de aves asentadas

o visitantes de la antigua laguna de La Janda, puede verse la lista publicada por el grupo anglo-llanito de los Fynlaison y los Mosquera, lista reproducida en la revista *Quercus*/nº 102 (1994).

El grupo nuclear de británicos descubridores de la naturaleza animal de Andalucía (y de buena parte de Iberia) comprende poco más de una decena de personas. Casi todas son furibundos cazadores. Unos vienen a matar agachadizas, ánsares y toda clase de patería, cuando sus objetivos no eran la caza mayor de pelo, tanto la común y más asequible (jabalí, venado) como la remota o más rara (cabra montés, lince). Ellos introdujeron el cañón patero en las Marismas. La mayoría son militares destacados en el Peñón de Gibraltar, ese "bastión del Imperio", como dice uno de ellos. Sus grados varían desde capitán a coronel. Parten de su destino en La Roca los fines de semana o en periodos de permiso. Otros pertenecen a las estirpes de negociantes británicos asentados en poblaciones andaluzas o portuguesas, donde se desarrollan las famosas bodegas del porto, del jerez o del brandy. Bastará mencionar la pareja Chapman y Buck, y la estirpe de los Tait. Unos y otros contactan mucho entre sí y con algunos miembros de la rancia nobleza y nueva plutocracia españolas. Su relación con el paisanaje español suele ser cordial, pero con pinceladas despectivas. Para ellos, el hombre andaluz es el hombre del "mañana", indolente y presto a aplazar una y otra vez lo que hay que hacer. Los españoles, dice Yeates, "me sorprenden por su cerrazón para las cosas de la naturaleza. Para ellos -



prosigue- un ave es o no es comestible. Si lo es la matan, y si no simplemente la ignoran".

Hecho chocante que se da en varios de estos interesantes personajes de la próspera Britania (entonces defendida con la Royal Navy y firme dominadora colonial de continentes), es su densa y escrupulosa cultura zoológica y en especial ornitológica. Conocen al detalle la mayoría de las especies de aves europeas, denominadas con nombres ingleses perfectamente equivalentes a los linneanos. Resulta conmovedor notar como, después de lamentar la pobreza cultural y las bárbaras costumbres folclóricas del pueblo andaluz, estos distinguidos *gentlemen* se enternecen describiendo el colorido, la gracilidad o el curioso comportamiento del más insignificante pajarillo.

Uno no había salido todavía de la pobreza en unos años en que hacíamos en España la "ornitología de la alpargata"

La penetración y acción de los visitantes británicos en Andalucía, partiendo de La Roca o de las propias Islas Británicas, continúa durante el siglo XX, aunque ahora son cada vez más los ornitólogos y naturalistas que nos visitan procedentes de otras partes de Europa e incluso de Norteamérica. La riada británica culmina con la "British Expedition" a Doñana en 1956, recién fundada la Sociedad Española de Ornitología. Por fortuna, Mauricio González-Gordon fue admitido como miembro de la expedición y el Dr. Tono Valverde pudo contactar con ella. En total hubo once miembros oficiales, entre ellos R. Peterson (bien conocido por sus "guías"), E. Hosking (entonces el más famoso fotógrafo de aves), un Fergusson-Lees y un J. Fisher (prototipos del más puro amateurismo aviar británico), y un Lord Alanbrooke (Jefe de Estado Mayor durante la última Guerra Mundial). El material de campo de la expedición vino a España en un crucero inglés. El secretario y luego editor del libro producido *Portrait of Wilderness* fue Guy Mountfort, relevante gestor metido de lleno en la élite financiera y administrativa británica. Yo también fui invitado a la expedición, pero no pude asistir. Dos años antes, hallándome becado en Londres para realizar estudios en el Museo Británico, fui invitado por Mountfort a comer en el Coq d'Or, a donde me llevó recogiéndome en un despampanante Rolls Royce. Fue esta una ocasión de sorpresa y reto, en la que me sentí bastante achicado, pues uno no había salido todavía de la pobreza en unos años en que hacíamos en España la "ornitología de la alpargata".

Hay que decir que el sombrío panorama de la ornitología para los españoles en el siglo XIX y parte del XX no se dio en otros campos de la historia natural, como la botá- ▶

nica. En el estudio de la flora española intervienen también extranjeros, pero no son ingleses, sino suizos (un Boissier), franceses (ya antes Tournefort y ahora Jussieu), suecos (un Löffling enviado por el propio Linneo) y alemanes, estos últimos con el contundente golpe de mano de Willkom, autor del Prodromo de la Flora Hispánica. Pero ya a partir del siglo XVIII echa raíces una escuela botánica española, con los Salvador en Cataluña y los Quer, Gómez Ortega, Cavanilles, Lagasca y Rojas Clemente en Madrid y Valencia. Este conjunto de discretos y en parte excelentes botánicos, al que puede añadirse en América Celestino Muits, contrapesa la contribución del plantel de extranjeros, con la adición posterior de Reyes Prosper, Colmeiro y Lázaro Ibiza.

Afortunadamente, el panorama cultural y ornitológico de la Andalucía y España actuales ha cambiado, aunque aún queden redundancias como la del grupo anglo-llanito, que parece quiere emular a estas alturas las proezas de los pretéritos británicos, y procede sin molestarse en leer los trabajos que ahora han acumulado los españoles.

Semblanza de la comarca de La Janda y su antigua laguna

Francisco Berns Madrazo

LAS ÚLTIMAS GRULLAS

A todo esto, nada he dicho de un ave que puede señalarse como óptimo símbolo de la añoranza jandina. Añorar es lamentar algo perdido. Me refiero a la grulla.

Alguien me señaló como presunto testigo de las últimas grullas indígenas de La Janda. Sea como sea, el caso es que el tema de las grullas siempre me interesó, y voy a aprovechar la ocasión para exponer una información perspectiva y crítica sobre la declinación de la grulla como ave indígena (es decir, nidificante) en España, declinación en marcha durante el pasado siglo y agudizada a comienzos de este, hasta llegar la total extinción.

Esto requiere unas aclaraciones previas acerca de las grullas y su presencia en España. Hay, o hubo, en las latitudes mediterráneas dos especies de grullas: la Común *Grus grus* y la Damisela (*Anthropoides virgo*). Ambas cuentan todavía con una distribución geográfica muy amplia por Eurasia (distribución entendida como área de cría o anidamiento). La Común ocupa para nidificar hábitats acuosos o comarcas forestales palustres, en tanto que la Damisela es propia de zonas más áridas con extensas praderas de extensos pastizales.

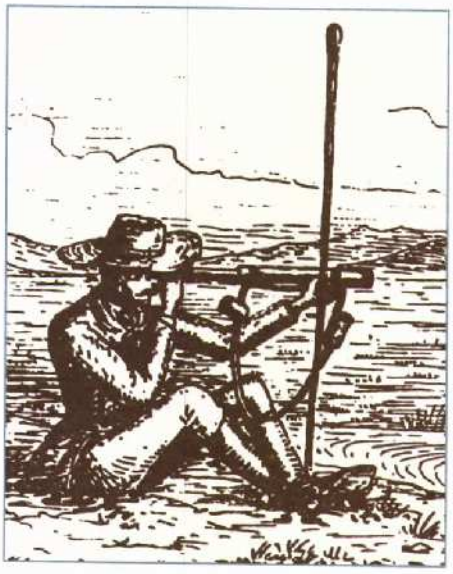
Las fechas han corrido ya en exceso desde que se recogieron las últimas noticias. Desgraciadamente habrá que admitir que las grullas ibéricas indígenas ya no existen

En la mayor parte de Europa Media y Meridional, así como en Berbería, las grullas nidificantes fueron siendo eliminadas a causa de la agricultura, la densificación de la población humana, los drenajes y, a la postre, las armas de fuego. Quedan, sin embargo todavía, poblaciones de grullas con miles y miles de aves anidando en el norte de Eurasia, las cuales, en invierno, pasan a ocupar latitudes más bajas en los países mediterráneos y en Africa Oriental. Son nuestras grullas invernantes, hoy todas de la especie Grulla Común. En España las grullas invernantes abundan y se sostienen en localidades de Extremadura, variando de unos años a otros su permanencia allí y en ciertas localidades de la Meseta, como son o fueron Gallocanta (Zaragoza-Teruel), El Hito (Cuenca) y antes también La Nava (Palencia). Grullas invernantes se siguen viendo en algunas localidades de Andalucía, una de ellas La Janda, en parte asentadas y en parte más bien como bandadas movidas en migración.

La Grulla Damisela se vio aquí rara vez, con individuos aislados que pueden acompañar a la Común. En el libro de Irby (1875)) se mencionan dos posibles huevos remitidos desde Casas Viejas, y dicho autor no duda que anidara en años pasados por alguna comarca española, juzgando por ejemplares cazados en marzo, abril, mayo y agosto procedentes de Sevilla. Curiosamente, dichos ejemplares parecen sugerirle a Irby que la Damisela anide más al norte en España, lo que resulta premonitorio de los modernos datos de Covarsi para Extremadura. En otro lugar di a conocer que la Grulla Damisela está representada en una viñeta de comienzo de capítulo de las Partidas de Alfonso X El Sabio (siglo XIII).

En los libros de caza medievales españoles hay infinidad de citas de "gruas". En todo tiempo, pero sobre todo en invierno, los cetreros españoles cazaban grullas con azor o con halcón. Hablan de azores o de halcones "grueros", especialmente adiestrados para dicha caza. Es seguro que la mayoría de las grullas citadas y cazadas entonces fueran de la especie *grus*. Dícese en el libro de Don Juan Manuel que "en el Záncara", "de un cabo al otro, hay muchas gruas además en invierno et en verano, mas las de invierno son muchas más". El río Záncara fluye por las actuales provincias de Cuenca y Ciudad Real, y cabe subrayar que, aún hoy, conserva largos tramos de espeso y ancho marjal. En el mismo libro se citan "gruas" en varias de las actuales provincias neocastellanas, por localidades que poseen o poseyeron laguna y marjal, y en la que se dice "falla hí un par o dos de gruas de morada". Estas breves pero jugosas observaciones revelan una situación de anidamiento de parejas aisladas, que recuerda sobremanera lo que sabemos ocurría todavía en La Janda a finales del pasado siglo y comienzos de este. ¡Eran también nuestras grullas indígenas!

Leyendo a Irby, los datos de anidamiento de grullas en las Marismas del Guadalquivir son algo vagos. Se limita a decir que "según referencias, hace años" (escribe en 1875) anidaba en cantidad y que ahora se da por desaparecida. El propio Irby cree que este ave está condenada a desaparecer de Casas Viejas, localidad con que los ingleses aludían unas veces a las vecinas marismas de Espartinas y otras veces a la parte occidental de la propia laguna de La Janda.



Irby mantiene continuos contactos con Verner y ambos, a su vez, con Stark. Son los tres autores británicos que logran documentar más directa y contundentemente la información sobre grullas indígenas de Andalucía. Hay que añadir que, entre ellos, Verner es el observador clave.

Verner visitó con frecuencia La Janda para cazar ánsares y agachadizas durante los últimos veinticinco años del pasado siglo. Según él, entre Tapatanilla (cabo oriental de la laguna) y su otro extremo ("a lo largo de toda ella") anidaban 30-40 pares de grullas. Este afortunado autor halló su primer nido de grulla en La Janda corriendo el año 1876, nido que contenía dos huevos. Stark, por sí solo o acompañando a Verner, se dedica a observar con prismáticos y telescopio la conducta de las grullas asentadas en la laguna, y sabe de otros nidos y de otras puestas.

En su libro de 1909 *(My Life...)* Verner insiste en recordar que antes de finalizar el siglo había 30 parejas en epoca de cría y añade que después (en 1906) consigue al fin encontrar otra vez el nido. Es ahora cuando, al cabo de varios pacientes oteos y exploraciones, consigue localizar tres nidos, que corresponden a las parejas de grullas detectadas, conteniendo huevos dos de ellos, uno de los cuales documenta con fotografías. Dice también que al año siguiente, por no llover (debía estar muy seca la laguna) las aves no volvieron a verse.

Después de Verner, y antes de mi visita, quedan también los parcos pero significativos datos aportados por Yeates, el cual visita la laguna los días 9 a 11 de abril de 1941. Sólo consigue ver una pareja, orillada, y más tarde ver remontarse cinco grullas que ciclean.

Por fin mi visita de los días 11 y 12 de abril de 1952. Sólo podemos ver en La Janda una pareja, que come en los pastizales del norte de la laguna. Espantada, vuelve a posarse a menos de un kilómetro. Las fechas de abril caen ya muy afuera del periodo de regreso de las grullas invernantes a su norte europeo. El movimiento migratorio de regreso a través de España pudo ser reiteradamente controlado por mí en Madrid y Guadalajara los años 1933-1939, siendo yo muchacho y estudiante. Todos los datos recogidos entonces, con otros de años posteriores, indican que el movimiento de marcha de grullas invernantes coge de lleno los muy últimos días de febrero y toda la primera quincena de marzo.

Merece recordarse ahora un interesante y contundente dato de Irby y Stark. Situados estos autores en las costas del Estrecho de Gibraltar el 11 de marzo de 1874, ven pasar no menos de 4.000 grullas, bandada tras bandada, y, sorprendidos, comentan que parecía imposible que hubiera tantas grullas en toda Europa. El dato es muy válido como fecha de intenso movimiento migratorio, per es también interesante por recordar la gran cantidad de grullas que habrían pasado a invernar en Marruecos, donde recientemente el ave se cita como local y escasa.

En aquellos nuestros días de abril de 1952 tuvimos conocimiento del proyecto de desecación de la laguna. La no-

ticia nos vino de sopetón, dejándonos sobrecogidos. Hallándonos en la Barca de Vejer, donde alguna vez comimos y pernoctamos, se nos acercó un funcionario o empleado (no recuerdo su vinculación ni su nombre) que se apresuró a mostrarnos los planos con el proyecto que traía bajo el brazo, proyecto que nos mostró glorificado con panegíricas frases. Fue como una gran bofetada. Sin remedio posible, dos años después el estropicio se consumaba.

En mi breve visita del 29 de diciembre de 1960, ya sin laguna, solo con charcadas, observé cuatro grullas orilladas. La fecha nada prueba, por ser en plena época de invernada, pero no sabemos qué harían las grullas ibéricas indígenas durante los inviernos. En todo caso, entrado el invierno, las gentes de las costas de Cádiz meridional y Málaga occidental, acusan trasiegos de bandadas de grullas en ambos sentidos, es decir, yendo de Andalucía a Marruecos, y viniendo de Marruecos a Andalucía. Yo mismo vi pasar ese 29 de diciembre un bando de 50 aves y tuve referencias de que, ese día, al menos otros tres bandos habían entrado por el tramo La Peña-Zahara.

Al día siguiente interrogué al guarda mayor de la finca Las Lomas. Repitió que, antes, se veían por aquí 200-300 grullas (¿invernantes?), pero que hoy sólo eran 10-12. También recordaba ver nido en pastos (?) hace 30 años (sería hacia 1930) y vagamente sabía de algún antiguo nido en el pajonal de la laguna.

Cabe preguntar si, después de suprimida la laguna de La Janda como único ecomedio donde poder anidar segura el ave, las grullas indígenas siguieran acudiendo a la comarca. La grulla es un ave bastante longeva. Pero las fechas han corrido ya en exceso desde que se recogieron las últimas noticias. Desgraciadamente habrá que admitir que las grullas ibéricas indígenas ya no existen.

LO QUE AÚN QUEDA

Sin laguna o con laguna, la comarca de La Janda continúa siendo un espacio natural interesante e importante. Así lo resalta, con aceptable información, el grupo anglo-llanito en el número de *Quercus* arriba citado. Aún se conserva en gran parte como siempre fue. Ahí siguen los extensos pastizales de las lomas del norte y del este, y ahí siguen los alcornocales de las fincas del sur y del oeste, aunque por el oeste se expanden ahora cultivos que nunca existieron. Los pastizales, poco o nada alterados, persisten con sus toradas, sus avutardas, sus sisones, calandrias, collalbas, trigueros y aguiluchos cenizos, además de los consabidos purgabueyes acompañando siempre al ganado vacuno. Y los alcornocales mantienen la preceptiva avifauna forestal de torcaces, tórtolas, gavilanes, mochuelos, autillos, cucos, picos, mirlos, alcaudones y otros muchos variados pajarillos. Sobre toda la zona de La Janda se ven volar con frecuencia los buitres y algún alimoche, que se dan inmediata cita sobre cualquier bestia muerta. Las canalizaciones y los charcos o lagunillas temporales siguen atrayendo corta lista de aves acuáticas y ribereñas, aunque sólo sean de estancia fugaz o de anidación puntual.

Muy importante es La Janda como comarca de invernada y, sobre todo, de vivaqueo y escala de aves en migración, que buscan aquí pasajeramente reposo, comida o dormidero. Vienen de toda Europa septentrional y occidental. A fin de verano y en otoño, cuando más se manifiestan, estas aves atraviesan luego el Estrecho de Gibraltar rumbo a sus cuarteles de invernada en Africa. A fin de invierno y en primavera regresan atravesando el Estrecho en sentido contrario. Entre la gran variedad de migrantes que recalan y pasan, destacan una serie de especies de rapaces y las cigüeñas.

Las bandadas de cigüeñas que se ven por aquí de junio a septiembre son espectaculares. Proceden de toda la Península Ibérica y de Centroeuropa occidental. Muchas de ellas repostan comiendo cigarrones en estos pastizales. Cada día, o cada pocos días, las bandadas se levantan y, después de ciclear llenando los cielos, siguen hacia Tarifa donde intentarán cruzar el Estrecho. De diciembre a marzo, las bandadas regresan y pueden volver a vivaquear pasajeramente en La Janda, aunque ahora pasan hacia el norte con más prisa y menos entretenimiento.

Verifiqué las primeras observaciones de migración de cigüeñas en La Janda y Gibraltar, en días sueltos de los veranos de 1961, 62 y 67. El paso concentrado de las cigüeñas por el Estrecho permitió en años posteriores computar censos generales de población. Durante esas estancias veraniegas en la zona, recorríamos casi a diario la comarca de La Janda occidental, además de la vecina cuenca del río Jara, para estudiar la conducta de las

cigüeñas, sus evoluciones, sus cronologías de paso según que jóvenes o adultas, y sus temporales dormideros utilizados día a día en la comarca. Tuvimos como destacado colaborador a Manuel Fernández Cruz, persona que continuó después más eficazmente los estudios y observaciones de cigüeñas y otras aves en el sur de la provincia de Cádiz.

De nuestras expuestas observaciones y experiencias, podríamos deducir consejos y prevenciones útiles con vistas a una política o estrategia de conservación y de regeneración, aunque sea a riesgo de que se vayan a perder entre la multiplicidad de propuestas y sugerencias que cabe esperar.

Nuestra primera reclamación es que debe mantenerse el valor de la comarca como vivaqueo, reposo temporal y forrajeo de innúmeras aves migrantes. Habrá, pues, que evitar la transformación de extensos pastizales y la supresión de bosquetes y alcornocales.

RECUPERAR LA JANDA

En cuanto a la regeneración de la fase acuosa, es claro que sería muy interesante recuperar la gran laguna sin recortarla demasiado con cultivos de regadío, cultivos cuyo valor como biotopo es muy inferior al de una extensa vegetación palustre natural. No es difícil, en principio, obtener un extenso hábitat palustre, entendido como aguas someras, remansadas y cubiertas de su correspondiente vegetación. Conviene recordar que los embalses artificiales de ningún modo pueden sustituir, y menos equivaler, a lagunas naturales y a aguachales palustres. Los embalses pueden servir como aguas de huída o refugio muy temporal de aves nadadoras, pero por sí solos valen poco.

Las especies vegetales palustres son plantas de muy amplia distribución geográfica. Son plantas de crecimiento rápido, relativamente resistentes a desecaciones y eventuales años de sequía, así como a cortas y quemas. Siempre quedan pequeñas muestras de ellas en canales o en charcadas residuales y, a partir de ahí, es posible conseguir fácilmente su implantación y su expansión en una nueva laguna de adecuadas características. Hay que celebrar la importante iniciativa de la División de Ecología de la Universidad de Cósdoba, al conseguir el apoyo de la Comisión Europea para desarrollar su proyecto "Life" referente a la recuperación de la laguna de La Janda.

Las aves se prestan mejor que ningún otro grupo faunístico para colonizar o recolonizar medios, debido a su gran movilidad y su visión aérea de los paisajes

La recuperación y neocreación de hábitats acuosos se viene practicando desde hace tiempo en varios países de Europa y América, unas veces conscientemente, como por ejemplo al acondicionar vados o ciertas lagunas para cotos de caza acuática (proceder del que tenemos recientes casos en La Mancha), y otras veces inconscientemente, al acrecentarse las socavaciones de extracción de áridos para "fabricar" las grandes urbes, según hemos conocido de modo sorprendente al sur de la ciudad de Madrid.

Las aves se prestan mejor que ningún otro grupo faunístico para colonizar o recolonizar medios, debido a su gran movilidad y su visión aérea de los paisajes. Las colonizaciones suelen ser a base de individuos jóvenes que vuelan a partir de asentamientos más o menos distantes, pero hay que contar también con los trasiegos de aves migrantes e invernantes. Lo cierto es que sobre cualquier localidad, por remota que sea, pasan cada año volando cientos o miles de aves, muchas de ellas ribereñas o acuáticas, que, más bien pronto que tarde, terminan por salpicar y aprovechar las nuevas aguas a título de aves de paso, de aves invernantes o, a la larga, también como nidificantes. El valle del Jarama, al sur de Madrid, que conocimos casi seco de aves acuáticas antes de los años 50, es hoy, con sus lagunas y remansos de excavación, un auténtico hervidero de patos de toda especie, garzas variadas y cormoranes, además de bandadas de gaviotas.

No hay, pues, que perder las esperanzas.

Francisco Bernis Madrazo es Catedrático Emérito de Zoología de Vertebrados de la Universidad de Madrid